

Una Puerta a la que No Puedes Entrar y un Lugar al que No Deberías Ir

Las calles del tranquilo barrio residencial se vuelven cada vez más empinadas hasta que avanzamos por una carretera que serpentea por la ladera de la montaña. Corremos uno al lado del otro. Pasan varios coches y muchos peatones nos miran sorprendidos, pero yo mantengo la vista fija en el gusano. Daijin ha desaparecido, pero sabemos adónde vamos. Hacia la base del gusano, rápido. Tan rápido como podamos llegar.

A medida que las casas a ambos lados de la carretera se van separando, vislumbro una noria más allá de los árboles negros. De ahí está saliendo el gusano.

—¡Está en ese parque de atracciones!

Una valla se alza frente a la puerta de entrada arqueada, cubierta de maleza. Un cartel a la derecha dice: PARQUE CERRADO. GRACIAS POR CUARENTA AÑOS DE DIVERSIÓN. En la oscuridad, veo a Souta arrastrándose por debajo de la valla. Yo la salto por encima como una atleta de salto de altura.

Las atracciones se alzan en las sombras como gigantes dormidos. La maleza crece alta a su alrededor y, en algunos puntos, el asfalto está levantado y agrietado. Más allá de las atracciones silenciosas y adormiladas, un torrente rojo sangre se eleva hacia el cielo.

—¡La noria! —grito, arrodillándome a la sombra del tiovivo, jadeando.

Souta termina mi pensamiento con voz sorprendida:

—¡Es una Puerta...!

La noria se alza sobre nosotros, mientras la corriente fangosa del gusano brota de la góndola más baja. En este parque de atracciones abandonado, en plena noche, la pequeña góndola se balancea furiosamente, como si ráfagas de viento localizadas la azotaran solo a ella.

—¡Souta, mira!

Algo parecido a un pájaro está posado en lo alto de la noria.

—...Daijin —Souta apenas puede pronunciarlo.



El gatito observa con los ojos muy abiertos el torrente del gusano que asciende, aparentemente fascinado.

—Suzume —dice Souta, sin apartar la vista del gatito—. Atraparé a Daijin y lo convertiré de nuevo en la Piedra Angular. Mientras tanto, tú...

—¡Sí! —digo, sacando la llave de debajo de mi camiseta, donde la llevo colgada al cuello desde que cerramos la puerta en Ehime—. Yo cerraré la puerta de la góndola y la bloquearé. ¡Ya verás!

Asentimos al mismo tiempo y echamos a correr exactamente a la vez, sin necesidad de señal. Podemos hacerlo. Juntos, podemos hacerlo. Esa convicción llena mis pulmones de aire. Mis pies golpean el suelo con más fuerza.

—¡Ah!

Daijin nos ve y empieza a moverse. El gato da un salto desde la noria... y cae sobre los raíles retorcidos de la montaña rusa.

—¡Suzume, la puerta!

—¡Entendido!

Souta se desvía hacia la montaña rusa. Yo sigo sola hacia la noria y subo corriendo la corta escalera de acero hasta la plataforma de embarque. El violento torrente de luz brota de la góndola oxidada justo delante de mis ojos. Extiendo ambos brazos y me lanzo de lleno contra la góndola.

¡Bang!

Esa sensación familiar y escalofriante me atraviesa el cuerpo a través de la fina puerta metálica. Siento escalofríos hasta la punta de los dedos de manos y pies, y aprieto los dientes mientras empujo la puerta con todas mis fuerzas. Consigo moverla unos cuantos centímetros, pero de repente se vuelve tan dura como una roca. Siento que algo rencoroso está al otro lado, o quizá una masa de fuerza bruta sin pensamiento. El torrente rojizo y negro tiñe todo a nuestro alrededor de un crepúsculo turbio. Bajo las suelas de mis zapatos, la tierra tiembla y se agita. Pero puedo hacerlo. Podemos hacerlo. Lleno mi mente de ese pensamiento mientras me esfuerzo contra la puerta con todo lo que tengo.



Mientras tanto, Souta persigue al gato por los raíles de la montaña rusa. Se da cuenta de que puede correr mucho más rápido que ayer o anteayer.

—¡Vaya, me muevo!

Nota que su corazón, su alma y cada uno de sus nervios se han asentado en la pequeña silla cuadrada. Quizá eso sea una desgracia, pero ahora mismo, también es suerte. Puede correr como un animal por lugares que nunca soportarían el peso de un adulto. Sube por un raíl empinado con la confianza de que la gravedad ha desaparecido. El suelo se aleja, la luna casi llena parpadea en su campo de visión y, finalmente, muy abajo, ve al gato blanco mirándole.

—¡Daijin! ¡Se acabó! ¡Esta noche vuelves a tu forma original! —aúlla.

Sabe en lo más profundo que ha atrapado a su presa. Souta salta del raíl inclinado y cae hacia el animal blanco. Los ojos amarillos y redondos del gatito se agrandan. Souta ve su propio reflejo en ellos y, entonces, choca contra Daijin. Sin detenerse, ambos se estrellan contra un pequeño transformador en el suelo. El polvo y las hojas muertas se arremolinan a su alrededor—y el impacto hace que la bombilla del transformador se encienda. Con un rugido grave, una corriente de bajo voltaje empieza a recorrer el parque.



❖ ❖ ❖

Beep!

De la nada, el altavoz sobre mi cabeza empieza a pitar. Miro hacia arriba, sorprendida, a la noria. Las luces parpadean, iluminando toda la estructura con colores brillantes. Luego se oye el chirrido de enormes piezas metálicas rozando entre sí—y las góndolas empiezan a moverse.

—¿¡Qué...!?

Poco a poco, la noria comienza a girar. La góndola delante de mí también avanza, el gusano sigue brotando de ella. Camino junto a ella, empujando la puerta. A medida que acelera, empiezo a correr. Entonces se eleva en el aire. Decidida a no soltarme, agarro la barra de la puerta con la mano derecha antes de pensar en lo que hago.

—Uy...

Mi cuerpo se eleva. Dudo entre querer cerrar la puerta y saber que estoy a punto de meterme en un buen lío, y mis pies se despegan del suelo.

—¡No puede ser!

Estoy paralizada. El suelo se aleja segundo a segundo. Asustada, agarro la barra con ambas manos. La puerta tiembla por la fuerza del torrente fangoso mientras cuelgo de la barra. Ya estoy demasiado alta para saltar. Tirando de mí misma, consigo poner el pie derecho en el pequeño escalón que sobresale de la góndola, luego el izquierdo. El gusano brota justo al lado de mi mejilla. Las salpicaduras parecen chispas violentas, pero no siento ni calor ni nada. Agarrando el lateral de la cabina con la mano izquierda y sujetando la puerta con la derecha, consigo ponerme de pie, abrazando media góndola. Miro directamente por la ventana agrietada.



—...¡

Algo brilla débilmente dentro del pequeño y oscuro habitáculo. Entrecierro los ojos. Son... estrellas. Dentro de la góndola hay un cielo nocturno. Las estrellas empiezan a brillar más, como si alguien subiera la intensidad de la luz. Es una vista que conozco bien, la del prado en mis sueños. La misma emoción que siento en el sueño me recorre el pecho. Triste pero reconfortante. Desconocido pero familiar. Un lugar en el que no debería estar pero en el que quiero quedarme para siempre.

—¿Mamá...?

Alguien está de pie al otro lado del prado. Su vestido blanco ondea al viento. Su pelo es largo y suave. Más allá de esa figura, una niña está agachada. Yo. Mi yo de niña mira a mi madre. Así es, nos encontramos en el prado bajo el cielo estrellado. Lo entiendo

de golpe. Esto es la continuación de mi sueño. Es una escena enterrada muy hondo en mi memoria, demasiado profundo para arrancarla aunque quiera. Mi madre tiene algo en la mano. Me lo tiende. ¿Qué es? Entrecierro los ojos. Está demasiado lejos para verlo. Quiero acercarme. Me inclino por la puerta, adentrándome en el sucio torrente del gusano. No hay calor, ni brillo cegador, ni resistencia. Todo es claro, ingrátido, turbio. Agacho la cabeza y me deslizo por la pequeña puerta de la góndola. Apoyo el pie derecho en el suelo y descubro que se ha convertido en un prado profundo y suave. Mi madre y mi yo de niña están mucho más cerca ahora.

“.....”

Siento que alguien me llama por detrás, pero mis ojos están fijos en mi madre. Doy un paso adelante. ¿Qué es? ¿Qué intenta darme? ¿Qué? Doy otro paso. Es... una silla. Una pequeña silla hecha a mano con tres patas... ¿Una silla? Mi corazón tropieza con algo. Casi lo recuerdo.

“.....”

¿Quién me llama por detrás? Esa silla es...

—¡Suzume!

Abro los ojos de golpe.

—¿Eh?

Estoy asomada por una ventanilla diminuta. Delante de mí, veo una montaña, el cielo nocturno y, muy abajo, el asfalto oscuro. Me echo hacia atrás, aterrorizada de caer. De repente, recuerdo dónde estoy—dentro de una góndola que sube. El prado ha desaparecido, y también las dos figuras.

—¡Suzume, date prisa!

Miro a mi alrededor. El gusano sigue brotando de la pequeña puerta de la góndola. Souta estira desesperadamente su pata delantera a través del agua fangosa.

—¡Souta!

Caigo de rodillas en el suelo de la góndola y agarro su pata con la mano derecha, y él me saca de la cabina con fuerza tranquilizadora. Apoyo manos y pies en la estructura de la noria. Ya estamos cerca de la cima. Estamos tan altos que podemos ver toda la ciudad de Kobe.



—¡Suzume, la puerta!

—¡Voy!

Usando la estructura metálica como andamio, rodeo la puerta que se agita violentamente y empiezo a empujar de nuevo. Souta empuja desde abajo, y ahora es mucho más fuerte. La puerta se va cerrando poco a poco. El torrente fangoso del gusano se reduce a un hilo.

“Oh, dioses divinos que habitáis bajo esta tierra.”

Como guiada por la oración de Souta, cierro los ojos. Escucho los gritos felices que debieron llenar este lugar. De repente, recuerdo las palabras de Rumi: “Ese sitio siempre estaba lleno cuando estaba abierto.” Seguro que había atascos cada fin de semana y colas para los coches de choque, el tiovivo y la noria. Imagino cada detalle: cada persona sorprendida por lo alta que era la noria, lo retorcida que era la montaña rusa, lo rápido que iba el barco pirata. Gritan y ríen de emoción.

“¡Vaya, estamos muy arriba!”

“¡Vamos otra vez a las tazas giratorias!”

“¡No corras, que es peligroso!”

“¿Un parque de atracciones en nuestra primera cita?
¡Qué tópico!”

“Nos habéis protegido durante generaciones. Vuestras montañas y ríos, que durante tanto tiempo hemos llamado nuestros...”

Siento por el calor que la llave que llevo colgada al cuello brilla en azul. Detrás de mis párpados cerrados, por fin puedo ver el parque de atracciones como era antes. Todos sonríen, el asfalto bajo sus pies pintado en colores pastel, ni rastro de óxido en las atracciones recién estrenadas. Un globo amarillo se escapa de la mano de una niña y sube, abriendo un pequeño agujero en el cielo azul.

¡Ah, ahí va!

La niña mira hacia arriba, pero no hay ni rastro de tristeza en su cara.



—¡Ahora! —grita Souta, lo bastante fuerte como para romper mi nostalgia.

—¡Respetuosamente os las devolvemos! —grito mientras empujo la llave en una cerradura hecha de luz.

Siento cómo la cerradura encaja. Un segundo después, la flor de bronce rojizo que cubría el cielo se abre en dos. El aire se vuelve ligero, como si de repente hubieran levantado una tapa pesada. Un momento después, una lluvia cae sobre las ruinas. Aunque es de noche, cada gota brilla como un arcoíris. Finalmente, las luces del parque se apagan, como si hubieran gastado la última energía, y todo queda en silencio y oscuridad una vez más.

Con un zumbido bajo tan fuerte que puedo sentirlo en todo el cuerpo, el armazón metálico bajo mis pies cruje.

—¡Oh, no! —instintivamente me abrazo a la góndola y miro hacia abajo. El suelo es negro y está muy lejos. Siento que va a tragarme. Me tiemblan las rodillas. El armazón vuelve a crujir.

—Entremos —dice Souta con calma.

Abro los ojos y me lanzo dentro de la góndola, ahora silenciosa. Cuando cierro la puerta, el sonido del viento desaparece.

—...Ha sido tan aterrador.

De repente, las fuerzas me abandonan y me dejo caer al suelo. Estoy de pie en lo alto de una noria. Empiezo a temblar y se me llenan los ojos de lágrimas. Suspiro lastimosamente, mientras Souta estalla en carcajadas.

—¡Ja, ja, ja! Suzume, has estado increíble. Gracias

* * *

Fuera de la ventana, las luces de Kobe se extienden como una alfombra en todas direcciones. Al mirar con más atención, veo que el interior de la góndola no es ni grande ni pequeño, sino que está cuidadosamente calculado para ser el tamaño perfecto para acercarse a alguien especial. Souta y yo nos sentamos uno frente al otro en los asientos de plástico, observando cómo el suelo se acerca lentamente. Souta me cuenta que las norias están diseñadas para que, incluso si se va la electricidad, el peso de las personas que quedan dentro hará que la rueda gire poco a poco



hasta que puedan bajar. Cuando le pregunto qué pasó con Daijin, sonríe con ironía y dice que el gatito volvió a escaparse. Cayeron juntos de la montaña rusa, y Souta lo tenía inmovilizado en el suelo, pero entonces se dio cuenta de que yo estaba colgando de la noria y vino corriendo a ayudarme. Le digo que lo siento, pero él simplemente se ríe y dice que no hay motivo para disculparse. Declara con confianza que la próxima vez atrapará al gato, seguro.

“Suzume...,” dice en voz baja, encajando sus palabras entre las ráfagas del viento nocturno.

—¿Sí?

—¿Qué estabas mirando dentro del Portal...?

—Eh... —Me doy cuenta de que el recuerdo se desvanece rápidamente, como un sueño del que acabo de despertar—. Había un cielo estrellado deslumbrante, y un prado, y...

—Ever-After —dice Souta, sorprendido.

—¿Eh?

—Puedes ver Ever-After...

—¿Qué es eso?

—El reverso del mundo. Donde vive el gusano. El lugar donde todo el tiempo existe a la vez.



El lugar donde todo el tiempo existe a la vez. En el fondo de mi mente, algo encaja por un segundo. Pero está demasiado enterrado para que pueda alcanzarlo.

—...Puedo verlo, pero no puedo entrar —digo.

—Dicen que es donde van los muertos.

Souta mira por la ventana, y yo sigo su mirada. Las luces de la ciudad se extienden como un polvo de estrellas ante un mar negro. Hay un distrito industrial especialmente brillante, y un grupo de rascacielos que parecen torres de luz, y casas parpadeantes agrupadas. Todo parece tan cerca que siento que podría extender la mano y poner las puntas de luz en la yema de mis dedos.

—Los que vivimos en este mundo no podemos cruzar a ese. No estamos destinados a ello. Me alegro de que no hayas podido. Así debe ser.

Por alguna razón, su voz suena un poco triste mientras contempla la ciudad.

—Vivimos aquí, después de todo...

La noria gira lentamente, su enorme armazón metálico crujiendo. Finalmente, los árboles negros se alzan para ocultar las luces de la ciudad, y desaparecen entre las hojas. Nos quedamos mirando por la ventana hasta que desaparece el último destello de luz.

